

Correos y telegrafía óptica ibéricos

I

LOS CORREOS.

A consecuencia de un cursito de Toponimia ibérica que expliqué en el presente 1935, expuse algunos conceptos de civilización ibérica del modo cómo los veía. Aunque no eran nuevos, algunos se han estimado atrevidos y me place insistir en ellos.

Entre los tales figuran los dos con que titulo estos párrafos y que pretenden descubrir algo del fondo de la cultura de nuestros progenitores, siempre confusa y perturbada.

La confusión latente es ya inicial en este terreno, pues aún hay quien debate el genuino nombre de "ibérica" que corresponde a nuestra civilización autóctona, ni cartaginesa, ni romana. Nótase la resistencia al observar que algunos pretenden titularla celtibérica, y aun muchos celta. Agudizan este movimiento de oposición escritores gallegos, al proclamarla en el N. O. de la Península, o sea en su región, exclusivamente celta. Sin que para ello se vean mayores razonamientos que los que expusiera, medio siglo atrás, Manuel Murguía. Encerrados en este celtismo absurdo y ante la presencia de su orfebrería indiscutiblemente ibérica, se propende a

no querer declararle tal origen, en perjuicio de un arte propio interesantísimo.

Ocuparme de correos ibéricos cuando la absoluta pérdida de aquella genuina literatura no permite ésta ni otras orientaciones culturales, se conceptuará por algunos de atrevimiento excesivo.

Esta falta literaria estimo no ha de obligarnos a quedar en una parálisis absoluta que nos impida examinar las posibilidades culturales de los iberos, que no fueron pocas y más importantes de lo que muchos juzgamos.

He creído posible apelar a racionales métodos inductivos, cuyas lógicas conclusiones pueden llevar a un fin por demás cercano a la verdad. Es así como emprenderé la labor de desentrañar estos dos aspectos culturales, a mi entender sobrado interesantes.

Podrá conceptuarse quimera me ocupe de los correos y de la telegrafía óptica ibéricos. Pero aun a trueque de arrostrar tal calificativo, el tema sugestióna y me lleva a emprender este sencillo alegato, para el cual debo salirme del vetusto molde de estimarlo todo hijo de la cultura romana, ya sean correos, ya torres de telegrafía óptica y aun las añejas carreteras atravesadas por los numerosos ejércitos de Aníbal en su marcha sobre Italia y por donde corrieron los mensajes de los soldados iberos ausentes de sus hogares.

Me propongo, en esta coordinación de ideas, llenar el vacío de los escritores que han tratado en España de materias postales y que no han podido relacionarlas directa ni indirectamente con la cultura ibérica. Intentaré desbrozar el camino mediante algunos silogismos que estimo un tanto expresivos.

Uno de ellos, el principal seguramente, es el medio de que se vale la institución postal para llenar su cometido, el cual veremos encajar de lleno en la civilización avanzada de los iberos: las carreteras.

Llámase correo, desde tiempo inmemorial, a la perso-

na que toma a su cargo la conducción y entrega de pliegos de un lugar a otro. Necesita indispensablemente la existencia de caminos, y el país que no los tuviere, de un modo más o menos completo, no puede presuponerse la existencia de correos.

Fijémonos en una época determinada de la historia ibérica, en el siglo III, antes de J. C., en la que los correos eran cosa corriente en el mundo civilizado y que ya disfrutaban de cierta organización en país repleto de caballerías, carros y caminos. Que tal era Iberia en la época señalada.

La existencia de las carreteras está en tan íntima relación con los correos como la sombra al cuerpo. Estos no podrían subsistir apenas sin aquéllas, y las carreteras incitan a su recorrido. Singularmente con las miras utilitarias inherentes a los portadores de comunicaciones. cuando las necesidades sociales lo exigían.

Las últimas surgieron fuertemente con los azares de nuestra historia, durante las luchas, en que tanto intervinieron las huestes mercenarias ibéricas. ¿Cómo dejar de creer que sus excelentes jinetes no conducirían comunicaciones de un lado a otro, no ya noticias del ausente, sino órdenes de concentración de tropas y aun de defensa o de ataque?

Precisa fije mi atención en las vías de Iberia, muchas de las cuales pueden tener un origen anterior a la civilización cartaginesa. “Bichas”, “verracos”. toros de Guisando y otras viejas esculturas del primitivo arte ibérico, poseídas en muchos museos, y aun situadas en el mismo terreno, según fundada presunción, señalaron antiguos caminos, estuvieran ellas destinadas a sepulcros de personajes o a otros fines. Anchas vías les eran indispensables a los iberos para su vida trashumante anexa al pastoreo, a que tan singularmente se hallaron afectos. Se les ha supuesto reacios a la agricultura y que ésta representó en Iberia una revolución social.

Más aún. Las factorías comerciales del S. y del N. E. de esta Península las necesitaron, imprescindiblemente, del siglo v al iv a. de J. C. Posible es que el empedrarlos fuera obra de Cartago.

Aparecen datos inductivos, a los que duele renunciar. Tal es, v. gr., la antigua posada castellana de los Toros de Guisando, donde fué jurada heredera de los reinos de León y Castilla doña Isabel la Católica (19 de septiembre de 1468), inmediata a las famosas esculturas ibéricas. Ella indicará quizás la supervivencia del vetusto camino carretero, junto al cual pudo perseverar una posada.

ADICIÓN O.

Supónese haber sido los cartagineses, en su dominación de Iberia, los introductores de los empedrados en las vías, como ya las tuvieron en la Libia y en el N. del Africa, mucho antes de que se implantaran en Roma. Antes de los cartagineses fueron imprescindibles las carreteras a las factorías mercantiles de fenicios y griegos. Es imposible concebir centros comerciales de la importancia de los de Tarsis o Tartesos al S. de la Península y de Rosas o de su continuadora Emporion, al N. E., funcionando regularmente, faltados de vías de comunicación, en el siglo v antes de J. C.

Como dato demostrativo de existir cultura en Iberia, en el siglo v antes de J. C., tenemos las excelentes monedas griegas de Rosas, que copiaron poblaciones de las Galias. La situación marítima de la vieja Rosas, seguidamente conservada por su sucesora colonial Emporion, en lugar pantanoso de la falda de los Pirineos, debió hacerse apreciable por alguna circunstancia especial, que hasta ahora habrá pasado desapercibida de los críticos, vinculada en aquellos lugares. No estimamos suficiente que se debiere solo a su abrigada situación

marítima, junto al cabo de Creus o de *Quiers*, según le titulan los franceses con mayor razón toponímica.

Si se estudia el comercio griego en dicha costa, mejor hay que estimarlo terrestre que marítimo, no existiendo comunicaciones fluviales, como las tuvieron, a sus salidas en el Mediterráneo, los dos ríos Ebro y Ródano.

Considero al golfo de Rosas como la llave de los Pirineos por sus múltiples carreteras que los traspasaban. La inmediata, del que fué monasterio de Roda (en toponimia la voz "Roda" señala camino), la que luego le sigue y que por la Junquera iba al *Sumo Pirineo* (la voz ibérica "somo" o "som" indica lo más elevado de un territorio), y aun otra interesante travesía que, marchando por el que fué condado de Besalú, ascendía al valle de *Viaña* (toponimmo derivado de "vía") y por "Cassa-costa" se encaminaba a traspasar la cuenca del Ter, no lejos de sus cabeceras, yendo al valle de Cerdeña, o "Sardaña", con una trayectoria septentrional que también la conducía a la vertiente pirenaica de las Galias.

Nuestros Pirineos representaban a la sazón la comunicación con el Cantábrico. Débese al cartaginés Himilcón el dato de unirse este mar con el Mediterráneo por una vía que faldeaba las vertientes de las Galias. Ella evitaba a las mercancías del Oriente la penosa navegación del Estrecho, descargando en la bahía de Rosas.

En este tiempo el gran caudillo Aníbal puede ser considerado el héroe de las comunicaciones occidentales, por él dominadas, con su famosa travesía de los Alpes. Atrevida concepción que mostrará por sí sola la cultura cartaginesa en la ingeniería de caminos. Y por tabla la que correspondería a otros pueblos, como el ibérico, afectos a su civilización en el siglo III a. de J. C.

Nuestros progenitores parecían mostrar un culto especial a los caminos. Cuando un trayecto debía repararse estaba obligado a ello la tribu más inmediata al sitio deteriorado. Contiguos a los caminos eran situados los

enfermos, con mira de arbitrar de algún transeúnte remedio adecuado a su dolencia.

Entiendo que casi todas las vías tenidas por romanas habremos de suponerlas ibéricas. Aquella vieja vialidad merece ser mejor considerada. Un concienzudo examen de la misma, relacionándola con los viejos poblados últimamente descubiertos, conducirá a nuevas deducciones de su cultura, poco apreciada todavía. Necesariamente saldrá a la superficie que siendo un hecho histórico el envío de mensajeros, de unas tribus a otras, sus relaciones seguidas exigirían un constante servicio, sólo llenado mediante la organización postal, como era establecida de ordinario, en la civilización de dicha época.

Nuestra cultura estaba ya dispuesta para comunicarse por escrito: poseía literatura propia y especial, como las demás civilizaciones de este occidente de los pueblos galos, etruscos, sabinos, etc.

¿Podemos estimar que tuvieran correos en las Galias y en Italia, y negar su existencia en Iberia, en este siglo III a. de J. C., cuando sus hijos atravesaban todo el circuito de este extremo Mediterráneo, para combatir a las huestes italianas? Mayormente, dado que entre los iberos la vialidad y la vehiculación eran completos en los tiempos de Aníbal, en que nos situamos.

Digamos todavía que nuestra Iberia era el país de los grandes jinetes, de donde supusieron los griegos ser originario el caballo, sobre cuyo animal abundaban añejas y donosas consejas. Cual si pretendiese solidarse cuanto sobre tan noble bruto se escribiera, modernamente ha aparecido su rara imagen en las pinturas rupestres de Basurto (Vizcaya), y ya domesticado, en las insculturas de la torre de Hércules de la Coruña, un tanto distanciadas de época de las primeras.

Además, cabe tengamos en cuenta lo muy antigua y avanzada que ha sido en el Mediterráneo oriental la organización de los correos. En el siglo VI a. de J. C.,

Ciro, rey de Persia (579?-529 a. de J. C.), al ocupar aquel trono, ejercía uno de los cargos postales que solían desempeñar altos personajes. Ciro amplió los correos de caballo con carros de cuatro ruedas que llevaban los partes del gobierno. Del mar Egeo hasta Suza, capital de Persia, existían ciento once casas de posta, a una jornada de distancia unas de otras.

ADICIÓN 1.^a

Añadamos todavía cómo toda la cultura de nuestro Oriente llegó a Iberia: su religión heliolátrica, su alfabeto fenicio, la moneda griega, etc. ¿Podía faltarnos este efluvio cultural de la cuna de nuestra civilización, cuando consta que de él disfrutaron los pueblos de las Galias y de Italia? De los primeros refiere Julio César en sus *Comentarios* que tenían correos bien equidistanciados, y que para acelerar las comunicaciones, el que recibía un mensaje se lanzaba veloz al correo siguiente, y así lo pasaban rápidamente de uno a otro.

ADICIÓN 2.^a

Según Cornelio Nepote (siglo I a. de J. C.), los pliegos se precintaban y lacraban. En la vida de Pausanias refiere que este general “rompió la cinta de la carta, y habiendo *arrancado el sello*, conoció que, si él la hubiese llevado, él habría de perecer”.

Los datos que de los correos podemos recoger en Suetonio (siglo I al II de J. C.) no son aprovechables por lo trasnochados. Dice que Augusto impuso a todos los ciudadanos la obligación de los recambios de caballos en las postas. Más tarde Galba (90-92) suavizó el gravamen, cuyo hecho constató uno de sus grandes bronce.

Como conclusión de estos breves antecedentes tengo por indudable que en el siglo III antes de J. C., en Ibe-

ria, debió haber organizado el servicio de correos, pues aquí se hizo de todo punto indispensable y nada faltaba en el país de cuanto requería su funcionamiento.

A los datos inductivos de su existencia podrá acrecer una consideración final: la de hallarse establecida en nuestra patria, en la época cartaginesa, la telegrafía óptica, mediante faros, como diré seguidamente. Si un adelanto tan superior debió existir entre los iberos, ¿podremos negarles el mucho menor de la organización de un servicio postal?

II

TELEGRAFÍA ÓPTICA IBÉRICA.

No puede constituir novedad la existencia de faros o torres de señales ibéricas. He de recordar que, en 1903, tratando de la vieja atalaya emplazada en la estratégica cumbre barcelonesa del Montjuich, hube de manifestar que su origen se perdía en la oscuridad de los tiempos en que esta Península se hallaba bajo la dominación romana. Sin precisar más, porque de cuanto podía referirse a época anterior no estaba percatado del alcance de su civilización, que muy poco o nada tenía estudiada en aquel entonces.

Ahora, con mayor conocimiento, voy a permitirme fijar la atención en la telegrafía óptica de los tiempos de Aníbal, según indicábamos al ocuparnos del correo del siglo III antes de J. C. Nuestra afirmación esta hecha con alguna mayor seguridad, porque me ayudan de consuno la historia, la arqueología y la toponimia.

ADICIÓN 3.^a

No cabe tratar de los faros de la antigüedad hispana sin memorar en primer término a uno de los más notables de que puede envanecerse la vieja Iberia: del

de La Coruña, o, por otro nombre, de la legendaria torre de Hércules, objeto de una notable monografía de Francisco Tettamancy, en 1920. Encuéntrase entre la ensenada de la Lagoa y la punta de Orzan, en una loma de 60 metros sobre el Atlántico, de admirable visualidad. Comprueban lo antiguo de la población de aquel sitio interesantes insculturas, de las de mayor interés entre las de dicha región y de que puede envanecerse La Coruña.

ADICIÓN 4.^a

Indica la fábula que la torre se erigió sobre los restos de Gerión, muerto por Hércules. Por su parte estima la historia que tan vetusto faro se debió a fenicios, cartagineses o iberos, pero siempre iniciada la construcción antes de la dominación de Roma. Suponiéndose luego rehecha por César.

En los siglos IV y V tratan de este faro, que constituye el preciado emblema coruñés, los escritores Istrio Aetico y Paulo Orosio. El rey Alfonso *el Sabio* hízose eco de otra fábula medieval acerca la “maravillosa virtud del espejo encantado existente en su elevada cúspide y que refractaba los navíos que *por la mar anduviesen*”.

El tal *espejo* del Rey Sabio puede ser glosa de la voz *speculum* con que aparece latinizada por los antiguos escritores la vieja palabra ibérica *espill*, origen del verbo *espiar*, sinónimo de vigilar, que se aplicó a los faros, como diré luego.

No es extraño que los autores gallegos también hubiesen divagado sobre el alcance de la cultura ibérica, y que para ellos el remoto faro de La Coruña habría de utilizarse para aviso de navegantes o para defensa de los naturales del país. Se les escapa el concepto de la telegrafía óptica, a pesar de que el coruñés Carré y Aldao indica verse la torre “distintamente desde varios puntos lejanos del interior, y desde ellos podría corresponderse

con sus señales para avisar más al interior” (*La Cornu-
ña*, vol. I, pág. 504).

ADICIÓN 5.^a

Para aclarar el misterio que flota alrededor de estas torres de telegrafía óptica existe el texto de un autor ibero-romano, del siglo I de J. C., tal es el español Plinio. Allí vincula el nombre del guerrero cartaginés Aníbal con las torres alzadas en los montes de Iberia, destinadas a señales ópticas. Ya es bastante para indicar su existencia anterior a la dominación de Roma.

Pella y Forgas en 1883 llamaba la atención acerca de nuestras viejas atalayas de la época cartaginesa (*Historia del Ampurdán*, p. 187).

Hace más de medio siglo, o sea en 1887, que exhumó dato tan importante un erudito profesor de Latín y de Griego, natural de Ripoll, José María Pellicer y Pagés, correspondiente de las Academias de la Historia de Madrid y de la de Buenas Letras de Barcelona. Este llamó la atención acerca de la manera como el nombre de Aníbal anda mezclado en la tradición histórica hispana, cuyo país fué principal esfera de acción de sus empresas guerreras.

Pellicer y Pagés, versado en los autores de la alta antigüedad, escribió que “en Galicia, en los Pirineos, en las Baleares, se hallan sitios designados con el nombre de Aníbal (*portus Hannibalis, insula Hannibalis... Scalae Hannibalis...*). De ahí que hasta las pequeñas torres de nuestro litoral se denominasen aún, en siglos posteriores, *turres Hannibalis*”... “Plinio las llama *Speculae Hannibalis terrenesque turres iugis montium ampositas*.”

Speculae, en catalán *espill*, en castellano *espejo*, lleva adscrita esta voz la acción de vigilar, dentro la genuina fraseología ibérica. En toponimia tenemos la sierra de “Espills”. El verbo catalán y castellano *espigar* existe

igualmente en gascón, provenzal, francés, inglés, italiano, etc., que no puede negarse aparece como reliquia ibérica, en este caso identificado con la telegrafía óptica.

La extensión de nuestros nombres ibéricos en nuestra Península la comprobamos a menudo, por poco que los observemos. “Espills”, lugar sobre una roca a dos horas del río Noguera Ribagorzana, se repite en Vizcaya con la casa solar “Espilla”, en el partido de Marquina: y en Andalucía, donde el lugar de “Espiel”, en Córdoba, tiene un santuario a Nuestra Señora de la Estrella.

“Espejo” es un lugar de Valdegovia (Alava); “Espejón”, en Soria, y “Espeja” dos lugares en Valladolid y Salamanca.

Consigna un escritor tarraconense, Hernández Sanahuja, quien por muchos conceptos inspira mediocre confianza, que los iberos usaron unos anteojos de distancia llamados *dioptrica* (*El Correo Catalán* del 5 de agosto de 1881).

El significado de atalaya, que continuó teniendo “espill” o espejo, lo confirma Amiano Marcelino, autor del siglo IV, de quien Balari y Jovany copió este concepto: “E speculis si quis hostium se commovis est desuper visus obruebatur”; esto es: “Si el enemigo se ponía en movimiento, visto desde lo alto de las atalayas, era atacado.” (*Orígenes históricos de Cataluña*, pág. 285.)

ADICIÓN 6.^a

“Espill” o “Espuell” es nombre que abunda en montes catalanes, aunque no tan generalizado como “faro” y sus derivados y compuestos.

El último es el que repercute en todos los ámbitos de la Península ibérica, bajo sus variadas acepciones de “faro”, “far”, “haro”, “hariza”, “alfara”, etc. Con la notable particularidad de hallarse, en la toponimia de Andalucía, combinado con la voz árabe “djebal” o montaña, igual que se encuentra en Cataluña “Montfar”.

Tales son, la “atalaya de Guebalfaro” (Jaén) y otras dos llamadas “Jibalfaro”: una en Huelva y otra en Málaga. No cabe duda de ser tal nombre anterior a la caída del dominio visigodo. Tampoco parece improbable que la excelente atalaya marítima de Gibraltar sea otro “Gibalfar” desnaturalizado.

En forma diminutiva hállase entre Lugo y Pontevedra un vericuetto cónico llamado “Farelo”, a propósito para operaciones geodésicas (Madoz). Y “Farvelo” en Mieres (Asturias).

Una de las alturas de Cataluña, que hubo de conocerse con el nombre de “Far”, conserva restos de la vetusta torre romana, formada de grandes sillarejos, que reemplazara a la primitiva ibérica, de construcción más endeble. Hállase entre los pueblos de Cardedeu y Llinars, no lejos del paso natural de aquella sierra, llamado por tal concepto el “Coll”, esto es, el collado. La vieja torre-faro la descubrió, en 1883, un excursionista barcelonés, Celso Gomis. Admirado al verla, exclamó no serle dable interpretar “lo primitiu destino de aquesta torre; es quasi induptable que en la Edat Mitjana degué servir de guayta”, dándose cuenta de la visualidad que tenía su emplazamiento.

Esta construcción se conocía en el país en 1883, y aun así se llama en la actualidad “Torrassa del Moro”.

Realmente no se equivocaba Gomis. Pero la visión histórica de entonces sólo le permitía vislumbrar a través de aquellos muros la vigilancia medieval. (*Butlletí As. Exc. Catal.*, 1883, pág. 186.)

La torre del Far, de Cardedeu, se corresponde en el Vallés con dos cumbres sobrado estratégicas: la una lleva el expresivo toponimio del Farell, la otra usa un nombre algo misterioso todavía, el de Tagamanent. Por la parte de la costa se relacionaba con la característica cumbre del Burriach, la base de cuya torre medieval muestra vestigios de construcción romana.

En el caso de que tratamos es curioso ver la evolu-

ción que experimentó el primitivo toponimio adscrito a la torre atalaya. A un kilómetro poco más o menos de la misma se erigió, en el siglo XIII, un pequeño castillo señorial, que también se tituló del Far, por ser el nombre que ya tenía aquel sitio. Sus señores se situaron en Llinars, en el siglo XV, y la capilla del castillo se emplazó, a su vez, a un kilómetro más adentro de éste, o sea, en junto, a más de dos kilómetros de la torre de señales. Y allí hubo de llevar, asimismo, el nombre del Far, abarraganado hoy por "Alfar", como es mencionado oficialmente aquel pequeño lugar de la comarca del Maresma. Véase de qué modo se perpetúa y desvía la denominación original de un toponimio.

Otro faro romano circular, de labor igual a la de éste de Cardedeu, o sea formado de sillarejos, de 50 a 60 centímetros, está cerca del Santuario de la Virgen del Mont, en el Pirineo de Gerona. Se le conoce por "torre del Far".

¿Puede indicar otra atalaya el toponimio "Bine-far"?

ADICIÓN 7.^a FINAL A.

Cuantos tanteos, más o menos análogos al anterior, y eficaces casi siempre, podrán hacerse examinando y estudiando los excursionistas estas viejas reliquias de la civilización ibérica, por más que no siempre se tenga la fortuna de contar con la potente ayuda de la arqueología.

Poco se lleva explorado en este sentido. Pero planteado el problema, cabe esperar que sea reconocida su importancia y que nuevas aportaciones vengan, en el futuro, a sacar a la telegrafía óptica ibérica del marasmo o abandono en que yace.

FRANCISCO CARRERAS Y CANDI.

Barcelona, junio de 1935.